

# Entre cristales

Estimado señor: Perdona la forma desordenada que empleo para exponer los hechos y también algún otro detalle de esta carta. Yo no tuve mucha instrucción. Sólo cierta cultura adquirida desde chico a fuerza de saber a quién preguntar y con quién hablar. En cierto sentido esas experiencias me han ayudado hasta el día de hoy.

Me cuesta comenzar la carta ¿sabe? Siempre me pareció difícil intentar escribir, estar ante una hoja en blanco. Hasta no ponerla luego en el sobre es como si hablara conmigo mismo. ¿Entiende?

Mi vida fue y es simple. Tengo cincuenta y tres años. Desde hace unos veinte soy empleado de Barney's Shop (del señor Barney). Es un negocio de cristales para anteojos. ¿Por qué elegí ese empleo? No lo sé bien. Quizás porque desde siempre me interesaron los telescopios y microscopios. En fin, todo lo relacionado con los lentes y la óptica.

Barney's Shop queda en las afueras de Londres. Mis recorridos frecuentes (casi los únicos) me llevan de la pensión donde vivo al negocio: aunque, a veces, concurra a un partido de tenis.

Eso sí. Tengo cincuenta y tres años pero mi espíritu es el de un joven. (Será por el no excesivo uso de esa juventud). Quiero señalarle bien. Ultimamente mi situación ha sido crítica. Fue curioso. Para los pocos que me rodean, mi crisis tuvo distintos significados.

Para la señora Bennet (dueña y encargada de la pensión en que vivo) fue un lazo de amor filial entre ella y yo. Lo advertí mientras me administraba los remedios: lo hacía con un placer casi maternal.

Para el señor Barney, mi crisis consistió en un grave motivo de preocupación. Lo imaginaba cómo se las iría a arreglar él solo si yo llegaba a faltar por unos días.

Para mí, en cambio, significaba algo muy angustiante. A la vez mediocre. Un no resistir más, pudiendo resistir. Mi dolor no podía descargarse más que en esa incolora enfermedad. Imagine usted, señor, a un presidiario. Piense. Celda—almuerzo—guardián—trabajo. Bueno. Así estaba yo. ¿De acuerdo? Voy a explicarlo mejor. Tomo un día cualquiera del año. Por ejemplo, un clásico día de invierno. Me despierto antes de clarear. La ventana—celda—ventana, me deja ver los faroles titilantes de la calle. Hay que levantarse me digo. Después, el ritual de las tostadas y el té. ¿Sabe?, en ese momento no me interesa ver el sol o sentir la lluvia. Nada. Luego, los diez minutos de viaje hasta el negocio. Caminando. Por veredas estáticas. Al caminar, se oyen los ruidos de siempre. Como si todos los días pasara la misma gente.

No les echo la culpa a las calles, señor. Aun si pintaran los faroles o los cambiaran por otros más modernos, para mí todo seguiría siendo

reconocible. Como un ciego, fui absorbiendo con mis otros sentidos cada parte del lugar. Hasta me doy cuenta de cómo envejecen las cosas con cada recorrido diario. Y bueno. Le sigo contando.

Al llegar a Barney's Shop siento náuseas. Tengo ganas de escaparme. A veces hasta de romper el vidrio de una vitrina. Pero mi persona entra, haciendo sonar la campanilla que anuncia la llegada de los clientes.

El señor Barney llega un rato después. Amablemente me saluda. Le contesto. En determinadas ocasiones me esfuerzo en demostrarle amabilidad. Pero es sólo un juego, señor. Sé que él me considera casi como de la familia. Digamos, como si fuera un antiguo mayordomo. Nunca me reprendería por nada. Lo cual lo hace todo más rutinario.

Naturalmente, le pregunto por Sarah (su esposa). Seguimos. ¿Imagina usted a una habitación llena de gas? Algo así como una cámara de gas. Con ventanas y puertas cerradas. Así me siento yo en Barney's Shop. Ni frío ni calor. Cualquier elemento nuevo; a la inversa del rey Midas, que con su piedra filosofal lo transformaba todo en oro, yo lo transformo en plomo.

Y así el día transcurre con el recuento de las ventas, la limpieza de los cristales y luego lo mejor—peor. Digo lo mejor—peor, pues siempre tengo la esperanza de discutir sobre elementos distintos, con el señor Barney. Pero no.

Mi patrón empieza y termina con política. Para él (como para varios) odiar a un pueblo o tomar partido frenético por algo, se torna en una máscara de odio hacia otras cosas. No lo juzgo, claro. Pero se exalta y vocifera: —Se tienen que ir los yanquis de Europa. Se van a ir.

Cuando no son los norteamericanos son los gobiernos, o la economía. Sus largos monólogos intercalados por mis "sí, señor" (con lo cual demuestro prestarle atención) sólo son suspendidos por la entrada al negocio de los clientes.

Dentro del continuo divagar del día, he pensado mucho con respecto a esto. ¿Se imagina usted cómo hubiera sido Marx si le hubieran dado diariamente una rica sopa o hubiera nacido en otro lugar? O si no (no sé si fue bueno aquel ejemplo) fíjese en cualquier personaje de la historia. Quizá si hubieran tenido más comprensión y una linda y complementaria mujer al lado, o lo que demonios hubieran precisado, ¿habrían actuado de la misma manera? Creo que el señor Barney sería más útil con un matrimonio mejor. Bueno, basta de suposiciones. Poniendo fin al tema del señor Barney, le diré que si él se enterara de que le estoy contando esto, más que enojarse, se sorprendería. Nunca supondría ser un ejemplo de esas personas que sólo tienen aspiraciones en lo cotidiano.

A veces, cuando se encuentra de buen humor, me hace un regalo. Mejor dicho, cuando estuvo de buen humor con su esposa o cuando viene con remordimientos a causa de una discusión con ella.

Es claro. El regalo es siempre en nombre de ella.

—Tome, Edward, se lo manda Sarah. Siempre se acuerda de usted.

Yo sé que Sarah siempre se interesa por mí. La conozco y me parece una excelente persona. Pero el regalo es idea exclusiva de él. Como un acto de contrición.

De más está decirle. Los obsequios son como cheques en blanco. Para destinatario desconocido. Si es una corbata, de gusto clásico. En fin, todos los regalos son identificables con cualquier persona. La mayoría de las veces terminan en el canasto. Sé que está mal. Pero mi orgullo lo puede más. El único tema que discute y medita es el del aumento de sueldo. Hace una especie de presidium familiar (el día anterior) donde todo lo decide él. Viene al día siguiente como un pastor que encuentra a su oveja descarriada y confirma mi aumento. Este en ninguna oportunidad me ha sido denegado. Pero siempre me sube el sueldo en pequeña proporción. Supongo que es con la sola finalidad de poder continuar con esos ritos tan particulares que le hacen sentir con poder para organizar cada cosa.

Estos aumentos los pido a los efectos de cambiar la rutina. El salario bien me alcanza para mis pocos gastos: el cine, diarios, la comida. Bueno, no le voy a seguir contando de mi patrón. Indudablemente descargo en él todo lo mío.

Cuando Barney se va, cierro el negocio; luego tardo diez minutos hasta la pensión. Me ducho. Leo el diario (que pone todas las tardes la señora Bennet en mi mesa de luz), ceno, y la continuidad.

Tampoco vaya usted a creer que soy de esos individuos que tienen gran sentimiento de culpa, acosados o perseguidos. Porque en el verdadero sentido de la palabra, nunca juzgo a los demás. Mis críticas morirán cuando muera yo, sin rencor. Sólo a usted, amigo, le hago conocer hoy mis experiencias. ¡Ah!, esto quiero señalarle. Detesto la eternidad de los fines de semana. No sé si he utilizado bien la palabra detestar. Pero los fines de semana duran para mí verdaderamente un siglo. Son los peores días: para los presos son días de visita. (Siempre me comparo con los presos.) Para ellos las visitas deben ser una alegría y a la vez un contacto muy triste con la realidad de estar preso. Un tomar conciencia del tiempo inútil y de la libertad exterior. Al mismo tiempo una noción de la alegría efímera. Efímera. Porque termina con el adiós de esas visitas.

Bueno. Prosigo. Los fines de semana pasan hiriéndome. Atacando cada parte sensibilizada o débil que encuentran en mí.

No es fácil combatir estos sentimientos. No soy socio de ninguna agrupación o club. Considero que (aunque se tenga cierta edad) no significa que uno deba asociarse a un grupo de viejos tambaleantes (incluyo en esto el señor Barney), reunidos sin saber bien por qué. Utilizando los fines como medio y los medios como fin. No, señor. Tengo algo de amor propio. Estaré solo, pero no en mala compañía. Y más allá del amor propio, las entidades a las que podría pertenecer me aburren. Al igual que sus gentes. Bastante tengo con la presencia cotidiana del señor Barney.

De tanto en tanto me quedo mirando la vereda a través de la ventana de la pensión. A veces las luces ofrecen un espectáculo un poco singular. Me dan ganas, entonces, y por momentos, de luchar nuevamente por algo. Pero no. El día siguiente me despierta con la realidad del sol. De chico, sí. Todos proyectos. Ideales tan distintos a los de mi casa. No debería quejarme. En casa siempre hubo pan, respeto, educación y todos los ingredientes de una gran familia media.

Después el tiempo me probó. No tuve condiciones o suerte. Nada grande hice. Nunca creí exactamente en la suerte. Mis ideales se fueron disolviendo hasta perder su razón de ser. Perdí luego la juventud física. Comencé a observar en el espejo. ¿Se da una idea de lo que es no esperar? Como los presos. Todos los días de su cadena perpetua. Sin muerte, sin gusto por nada, con sufrimientos opacos. ¿Sabe, señor (y no lo digo con resentimiento) lo que es abrir el diario y tomar contacto con un mundo pujante, activo, donde los jóvenes muestran su razón o no razón?

Ya le he contado, mi única diversión real son las espaciadas observaciones por la ventana. Creando imágenes. Viendo. Inventando el estado de ánimo de la gente, sus vidas. Es triste fantasear sin tener a quién contarle. Por eso nunca simpatiqué con las personas que buscan la celebridad para después de su muerte.

Sé que en ellas ese intento de pasar a la posteridad está vinculado con necesidades terrenas, de otro tipo. Pero igual. No coparto sus ideas. Crear es crear para alguien, en vida. Para establecer contacto entre vivos. Grandes intelectuales reniegan de Dios y sin embargo se desviven por pasar a la historia. ¿No es un absurdo, señor? Si para ellos la muerte es la nada total, qué cuernos les importa lo que pasa mientras ellos estén en su nada eterna. No. No. Yo no soy así. Prefiero seguir siendo un simple vendedor de cristales ópticos. Buenos redondeando la cuestión de mi rutina. Perdóne por haberle hecho un resumen de mi vida y de mis ideas, que son parte y consecuencia de la misma. Voy a explicarle por qué le estoy escribiendo esta carta.

Hace algunos días ocurrió algo que lo está transformando todo. Justo a las doce y cinco a.m., en medio de las prédicas de mi patrón—pastor (Barney), sonó la campanilla anunciando a un nuevo cliente. Era una señorita de aproximadamente veintinueve o treinta y un años. Nada llamativa. Pálida. No muy bonita, pero en conjunto atractiva.

Despertó en mí un interés imposible de detallarle. Ella venía para arreglar sus anteojos (de marco claro).

Barney ofició de patrón—vendedor en esa oportunidad. Junto conmigo (se fijó también mucho en la clientela). Sentí en ese momento una voz interior completamente distinta al resto de mi persona. Era algo intenso. Hasta llegué a tener la sensación de ser importante. Sentí que, malo o bueno, yo era único. Por lo tanto, irremplazable.

Le sigo contando. Ella miró armazones de anteojos en forma muy natural.

No era ni sorda ni muda, ni chueca ni paralítica. Y digo esto porque la gente impedida físicamente a veces tiene expresiones de no malicia,

casi místicas por su simpleza que lo van envolviendo a uno. Pero no. Mi clienta era tan normal que traspasaba lo normal. Ni común ni fuera de serie. Ni mediocre. Hablamos un rato. Cuando lo recuerdo, me sonrío. Parecíamos marcianos. O de algún relato de ciencia-ficción. No le podría decir exactamente de qué hablamos. Aunque no fue del tiempo y apenas de los objetos de óptica. Lo más gracioso de todo, ¿sabe? Por primera vez en tantos años, el viejo Barney se puso incómodo. Había advertido nuestro código de frases en común. La cuestión es que por primera vez intentó rivalizar en plática con su antiguo empleado. Como si temiera perder algo. Pero, desde su función patrón-vendedor-rival, quedó groseramente ridículo. Como un inexperto a la deriva, atraído por dos polos profesionales.

Barney desistió. Se despidió secamente, saludando en forma atenta a la señorita. Cuidando hacerle notar con un pequeño gesto la diferencia de rangos existente entre él y yo.

Nunca había pasado en el negocio nada similar, ¿sabe? Me pareció haber subido un peldaño. Sentí un orgulloso placer en obtener esa pequeña victoria.

Ella (no sé su nombre de pila) me ofrecía un optimismo inusual. Hasta mi lugar de trabajo comenzó a cambiar. Esta vez me identifiqué con los presos que salen de su encierro después de muchos años, con una conjunción de resignación, resentimiento, felicidad y conformismo.

Se despidió. Vendría a buscar sus lentes dos días después. Al fin una razón, aunque simple, para tener que esperar. Se retiró.

No le voy a cansar contando las diferencias que noté luego en los objetos: árboles, calles, casas. Mis ojos vieron colores casi olvidados. Ordené todo el Barney's Shop. Dejé las vitrinas impecables. Trabajaba con felicidad. Reconozco, tenía miedo de investigar la causa verdadera de esa felicidad. Tenía miedo de descubrir que era algo temporario. Lo importante era ese sentirse bien. Insospechadamente.

Quienes más me hicieron ver mi nuevo aspecto fueron los otros clientes. —Se lo ve más joven, Edwards. ¿Lo despidieron?

Fíjese. Hasta me bromeaban.

Cuando me volví a encontrar con Barney lo noté muy enojado. Por única vez abandonó a los yanquis y al gobierno.

El imperialismo (al cual se refería siempre) parecía no afectarle más. Sólo algunos gestos habituales, como defendiendo una posición, ya indefendible. Comenzó a recriminarme delante de ella, que llegó casi al instante. Mi clienta sonreía. Era evidente. No podía entender más que mi idioma.

Las amenazas de mi patrón fueron luego injurias. Es más sincero en mostrarse así, pensé. Perdió totalmente sus maneras actuando de galán-vendedor-patrón-rival.

Aunque haya trabajado un millón de años en mi negocio es usted un descuidado. (Y las exageraciones en su tono de voz aumentaban.)

—Qué triste—pensé—, para ser considerado como un humano uno debe convencer a la humanidad de que le es útil a alguien.

La señorita se fue con la promesa de volver. Ahora no pasa ni una

semana sin que aparezca por el negocio. No importa lo que precisa. La mayoría de las veces sale con las manos vacías.

¿Comprende usted, por fin, la razón de esta carta? Mi amigo y lector imaginario. ¿Me interpreta? Ahora estoy en mi planeta. Vivo. Río. Me impaciento.

Mientras, mi patrón vocifera y las ventas se interrumpen. Pero a pesar de que el pasado me duele como una llaga inocultable, soy optimista. Creo en ella. La espero. No me falla. Viene sonriendo. Conversamos.

Desearía que comprenda usted realmente el contenido de esta carta. Lo imagino con la sabiduría de un profeta. Lo siento aconsejándome, compartiendo mis nuevas posibilidades de vida.

Lo siento feliz. Después de todo. Milagros no suceden todos los días.

Por Luís Emilio Mitre